

LA GRAN CRISIS DEL CARBÓN

NO es nuevo. Desde 1960, por lo menos, viene arrastrándose la crisis de la industria carbonífera, que apenas pudo ser ocultada por la expeditiva vía franquista del silencio y la represión. En los tres últimos años, sin embargo, los conflictos mineros han sido frecuentes.

La minería hullera asturiana y la antracitera de León, ambas muy ligadas, tuvieron momentos de auge extraordinario a principio de este siglo y, particularmente, durante los años de la primera guerra mundial, aprovechando la escasez y las dificultades de extracción existentes en Europa. Más o menos, así siguió durante los años de la dictadura de Primo de Rivera y de la República. En este pancismo feliz, una sola nube: la actitud combativa de los mineros, que han unido siempre un alto grado de concienciamiento político, con unas condiciones de insalubridad y peligrosidad laboral fuera de lo común. Gracias a estas protestas sus condiciones de vida fueron mejorando, hasta colocarse sus salarios bastante por encima de la media de los trabajadores nacionales, lo cual contribuyó, en parte, al encarecimiento de los costos empresariales.

Aún durante los años cuarenta y cincuenta continuó el negocio. La industrialización nacional y el consumo de energía apenas tenían otras fuentes que el carbón y la hidráulica. Es durante los últimos años de la década de los cincuenta cuando comienzan a cambiar las circunstancias. Todavía en 1959, el carbón constituiría un 48 por 100 entre las fuentes energéticas, pero ya el petróleo representa un 28,6 por 100 del mismo. Las multinacionales comienzan a jugar su papel, y los fuertes intereses bancarios y políticos que gravitan sobre CAMPSA se hacen sentir, desplazando el polo de atención hacia los derivados petrolíferos. A su vez, el capital pierde interés por el carbón y el Estado español cumple con su misión: socializa las pérdidas. En 1963, la importancia del carbón como fuente de energía ha

El jueves día 7 de junio, varios mineros asturianos eran juzgados en Oviedo. Delito: secuestro del ingeniero y copropietario de Minas de Figaredo, don José María Figaredo Sela. En noviembre de 1978, tres trabajadores de esta mina retuvieron durante diez horas a su patrón para forzar el pago de los salarios que se les debía y para forzar la integración de la empresa en Hunosa, es decir, estatizarla. Al día siguiente, casi un centenar de mineros leoneses, pertenecientes a la empresa Antracitas de Fabero, S. A., se encerraban en el interior de las galerías con cuatro rehenes, dos ingenieros y dos técnicos. Motivo, casi idéntico: cobrar tres mensualidades atrasadas y estudiar una posible nacionalización de la empresa, en graves condiciones financieras desde un año antes.

RAMIRO CRISTOBAL

bajado al 40 por 100 y el petróleo ha subido al 35,5 por 100. En 1966 se crea Hunosa.

Concebida como un apuntalamiento estatal a la minería hullera, Hunosa participó, en un principio, con el 70 por 100 de capital y el resto era aportado por una serie de industrias privadas unidas. En 1970 se traspasaría todo a Hunosa. El capital privado desertaba definitivamente.

Durante la década de los setenta, la crisis del carbón se agudiza aún más. En 1973, por ejemplo, el carbón apenas cubre un 17,3 por 100 de las necesidades energéticas nacionales, mientras que el petróleo y sus

derivados lo hacen en un 66,7 por 100. Significativamente, la energía nuclear cubre ya un 2,6 por 100. El oligopolio hidroeléctrico ha hecho importantes inversiones en la investigación y desarrollo de la energía nuclear y se apunta a un futuro de centrales nucleares respaldado por el capital multinacional y por la política económica del Gobierno. Para 1982 se calcula que la energía nuclear cubrirá el 8,2 por 100 de las necesidades energéticas, y para 1987, el 14,2.

En esta perspectiva de petróleo y uranio, el carbón juega un papel claramente marginal. Su contribución al porcentaje total de demanda energética será

igual, con suerte, en 1987 que en 1977. Aun incrementando la producción en casi un 50 por ciento, en esta década apenas alcanzará un 16,2 por 100, sólo algo mayor de lo que cubrirá la fuente nuclear.

El resultado práctico de toda esta evolución técnico-económica es la más grave crisis del sector carbón que se haya conocido en este país. Para no hacer demasiado larga la lista de ejemplos, citemos los 2.000 millones de pesetas que deben a la Seguridad Social las empresas mineras de León, entre las que Minerosiderúrgica de Ponferrada adeuda la mitad y Antracitas de Fabero 200 millones. Según el diario "El País", "las cifras de endeudamiento de las empresas mineras con la Seguridad Social son cinco veces superiores a las del resto de las industrias". Por su parte, las ya casi legendarias pérdidas de Hunosa parece que no bastarán para ser cubiertas, en su último ejercicio, con los 12.300 millones de pesetas destinados a ella.

En la cuenca minera de León se obtiene casi un 70 por 100 de la antracita que se consume en España; hay bastantes regiones cuya economía depende por entero de la minería. No es extraño, pues, que, durante el encierro de los mineros de Fabero, tanto el pequeño comercio como otros servicios se hayan solidarizado con ellos.

La crisis de esta empresa, que había iniciado los trámites de suspensión de pagos hace unos días en un Juzgado de Madrid, se inscribe en la antedicha crisis general del sector, siempre agudizada por la peculiar lentitud burocrática de las empresas estatales. En este caso, la tardanza de la empresa nacional ENDESA en pagar los 800 millones que debía a las industrias antraciteras de la zona había provocado el que Antracitas de Fabero llevara tres meses sin pagar los salarios a sus trabajadores. Al final, una aportación del Fondo de Garantía Salarial resolvió el problema y los mineros leoneses salieron del pozo, liberando a los técnicos que habían retenido. ■



Docientos setenta metros por debajo de donde pisa la Guardia Civil, noventa y cuatro mineros estuvieron encerrados con el fin de atraer la atención hacia sus derechos.